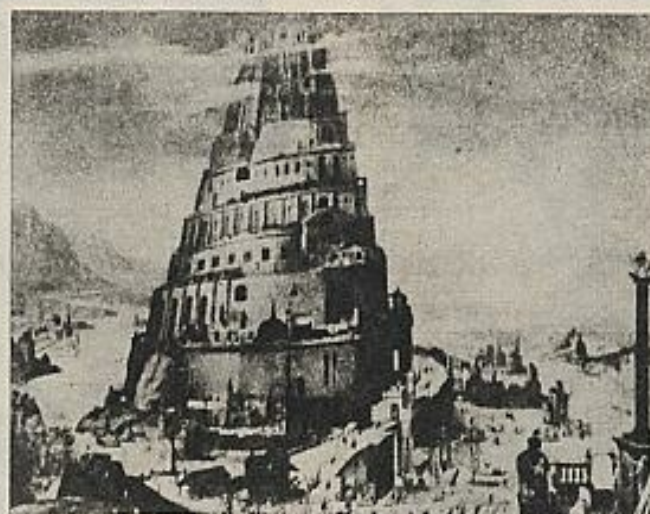


SETAS

pitra. Bar-jona/Peonia eran en sumerio nombres de la Muscaria. Cristo, khrestus en griego, es el ungido, el untado, pero, ¿con qué? Alegro contradice a los que vinieron creyendo que la unción mágica de los chamanes era la raíz de la mandrágora o el aceite de achicoria: era el exudado blancuzco de la seta, resinoso y aparentemente igual que el semen. La propia imagen de Cristo en la cruz —un vástago enhiesto ensanchado en lo alto— puede ser una simplificación gráfica de la seta, abierta arriba en un gran sombrero. Hay una extraña coincidencia que añadir. En el Talmud se llama a Cristo "Hijo de la Pantera", para asombro de los exegetas. Pero la Amanita Muscaria es llamada también, por los micólogos modernos, Amanita pantherina, por las manchas de su hermoso sombrerete.

Nuestra palabra útero viene del griego, pero su raíz es también sumeria, Ushtar. Esa palabra, unida a la de Bar-jona, forma la frase bar-jun-ush-tar, y de este vocablo extrajeron los griegos el suyo Peristereon, que es otra manera de llamar a la Muscaria. Y hay algo más sorprendente. En las ruinas de la iglesia medieval de Plaincourant, en Francia, hay un fresco que representa la expulsión del Paraíso, con una variante extraña respecto a la imaginaria más al uso: el árbol del Bien y del Mal es una Amanita Muscaria inconfundible. Judas tiene en los Evangelios el sobrenombre de Iscariote, para los griegos Dioscourou, es decir, "hijo de Dios". Ambas palabras vienen también de una expresión sumeria, Ush-gu-ri-ud, que significa "pene de la tormenta", otra vez la idea del lejano dios-macho.

Yo creo que estas notas bastan para nuestro propósito y abrirán el apetito a los que sean capaces de leer el libro de John Allegro. Pero claro está que habrá que evitar el escándalo —skandalon, por cierto, y he aquí otra vez la imagen: el vástago de la cruz y de la seta, el pilar-Pedro— aceptando con modestia la vieja lección. El reverendo John Allegro no ha dejado de predicar el mensaje sagrado, ni de creer en él. Lo



"Torre de Babel", por Bruegel el Viejo (Museo de Viena).

"EN LA KOMENCO ESTIS LA VORTO..."

NO me cabe en la cabeza que alguien haya podido ver una agresión a los esperantistas en mi nota sobre los idiomas universales publicada en el anterior número de TRIUNFO. Vuelve a resultarme obvio que siempre es irrelevante lo que se escribe: la gente lo lee como mejor le parece. Vamos a ver si me explico.

De todos los sistemas lingüísticos de comunicación universal, ninguno parece tan eficiente como el de los números. Leibniz, por ejemplo, pensó que, si llamáramos "1" al concepto "casa", bien podíamos llamar "1.1" a la puerta, "1.2" a la ventana y, complicando más la cosa, "1.1.1." a la "puerta de madera" y "1.1.2." a la "puerta de hierro" y así sucesivamente. A lo mejor, "catedral de Burgos" se diría "1.1.3.6.1.1." o algo parecido. Así escriben los archiveros y parece que funciona.

Pero ese idioma universal no es "hablable". Por eso se inventaron las "linguas francas",

las "interlinguas" y, entre ellas, la más notable es el esperanto, inventado por el médico polaco Ludwig Zamenhof en las postrimerías del siglo XIX. Seguramente hay en el mundo ahora mismo cerca de veinte millones de personas que hablan esperanto. Como dije en mi anterior artículo, he conocido a unos cuantos y, sin excepciones —aunque a lo mejor las hay—, todos eran personas amables, optimistas y civilizadas. Pero el esperanto, y lo siento, es también una señal de desconfianza en la libertad humana, algo así como un gesto paternalista de cautela: para entendernos —parecen decir—, vamos a suprimir la espontaneidad y a sustituirla por una técnica.

A pesar de todo, podría haber resultado. Pero vamos a ver, con calma, en qué consiste el esperanto. El británico George Steiner, profesor de la Universidad de Cambridge, dictó hace unos años unas lecciones sobre el tema a través de la

BBC y yo lo escuché con atención. Citó la frase que encabeza esta nota, "En la komenco estis la Vorto, kaj la Vorto estis kun Dio, kaj la Vorto estis Dio...". No nos cuesta trabajo averiguar que estamos escuchando el Evangelio de San Juan. Lo entendemos. Un latín afrancesado, españolizado, italianizado y parcialmente anglicado nos acerca a la clave esperantista. Se siente uno cómodo.

Pero se siente uno cómodo siendo europeo. Si una persona cuya lengua materna y única fuese el "swahili" o el "cantonés", escuchase esas frases, se quedaría muda por la perplejidad. Le costaría tanto trabajo aprender esperanto como inglés y, sin duda, preferiría aprender inglés, porque sirve para comprar y vender cosas. No es que el esperanto fuese una mala idea; era buena. Pero, en cierto modo, infantil.

También les ha chocado a algunos lectores mi afirmación de que el llamado "Basic English" no es inglés. Pero no lo es. "Basic" es una palabra compuesta por las iniciales de "British American Scientific International Commercial". Se trata de un invento pacifista y chauvinista de I. A. Richards y C. K. Ogden que, durante la segunda guerra mundial, comprendieron el poder que "lo anglosajonamericano" iba a conseguir tras la inevitable victoria y se decidieron a facilitarnos a los desvalidos cipayos una llave que nos permitiese entrar en la Historia por la puerta de servicio. Un millar de palabras y unas reglas gramaticales simplificadas harían el milagro. Ha servido para colonizar el lenguaje comercial, el aeronáutico y el hotelero. Y para hacer polvo a los tontos. No se les olvide a ustedes una cosa: el "Basic English" les encantó a Churchill y a Roosevelt.

Tal vez hayan quedado las cosas más claras. ■ F. M.

ha reducido a su significado humano y eterno. Cualquiera que fuese la verdad de aquella terrible y enternecedora historia, hay en ella una orden imperiosa y respetable: ama a los otros, perdona a tu enemigo, trata a todos los hombres igual, sé justo, sé simple. Queda poca materia para

elegir, porque, si se desestima la arcaica lección de los ungidos, sólo se puede adoptar otra fórmula: sé violento, no perdones, impón a la fuerza tu voluntad, mata, conviértete en super-hombre.

Busquemos, pues; setas. Se esconden, tentadoras, entre re-

mansos de rocío, en lugares recónditos y, a pesar de las computadoras, nos siguen fascinando. Abren camino a la tertulia y el ágape de los compadres, de los cazadores, de los pescadores, de los andariegos. No es una mala idea para celebrar la Pascua sin griterios ni cencerros. ■ F. M.